

años. Sus libros fueron discutidos y el público que supo conquistar fué difundiendo extensamente sus condiciones de narrador amenísimo y de pintor de caracteres de poderoso relieve. Aun en obras a las cuales él no les confirió mayor importancia, sabía insuflarles ese fuerte aliento vital, en que se advierte la calidad y la hondura del novelista de gran rumbo. Recordamos haber leído una deliciosa novela de Sinclair Lewis, «Aire Libre», que nos dejó una sensación de frescura de juventud, de energía vitalizadora, de gracia para darle siempre a los personajes y a los hechos un encanto realmente fascinador.

Sinclair Lewis, ganador del Premio Nobel de Literatura, fué el primer novelista norteamericano que obtuvo tanpreciado galardón. Antes había sido agraciado con el premio Pulitzer, que rechazó por razones que él explicó largamente, y que también fueron largamente comentadas. Este gesto revelador de un gran carácter, fué acaso el que infundió a su obra ese acento de originalidad, de fuerte relieve para mostrar lo más significativo y entrañable que él consignó con singular acierto en sus novelas, al reflejar lo que es el pueblo norteamericano.

Recuerdo al amigo

Un buen amigo de esta revista, hombre de cultura y sensibilidad, don José Rafael Echeverría, acaba de marcharse por ese camino de misterio y de eternidad desde donde no se vuelve, sino en el recuerdo de quienes le trataron y pudieron apreciar su exquisito don de gentes, su amable trato, su fina charla de hombre amante de las cosas del espíritu. Hermano de doña Inés Echeverría de Larraín, la inolvidable Iris y esposo de María Flora Yáñez, don José Rafael Eche-

verría era uno de esos hombres que gustaba del trato con los artistas y en especial con los escritores, a quienes recibía en su casa con muestras ostensibles de agrado.

María Flora Yáñez, nuestra colaboradora, cuyo talento ha dado ya a la literatura nacional obras de significativo valer, nos hace sentir a través de su espíritu todas las hermosas cualidades que fluían del espíritu de ese buen amigo, que se deleitaba comentando los acontecimientos de nuestro mundo literario. Vivía pendiente de todo lo que con él se relacionaba, y aunque sus actividades le alejaban un tanto de la literatura, para él era la parte más bella de su existencia poder participar de esos comentarios, en los que daba muestra de un ingenio vivo y fértil en sus juicios y apreciaciones estéticas.

Ingeniero y agricultor, el señor Echeverría no podía olvidar que el espíritu y el sentimiento de la belleza, tenían en su corazón un sitio muy importante. Tuvimos oportunidad de tratarle en las incontables ocasiones en que numerosos escritores encontraban en su hogar esa generosa hospitalidad que era tan propia de su manera de ser. De aquello en que se revelaba lo más íntimo de una personalidad. Gran compañero de su esposa, le veíamos hablar con jubilosa pasión de las obras que ella publicaba. Era una comunión de almas que hacían más grata la convivencia. El transcurrir amoroso de los días en que el entendimiento es fácil y cordial, como una azul corriente de tranquilas perspectivas. Nuestra gran amiga, a quien le prodigamos en todo momento el tributo de nuestra admiración por la alta calidad de su obra, que «Atenea» distinguió con uno de sus premios anuales, encontrará en estas líneas una resonancia de alien-

to y simpatía, que ojalá le ayude a hacer que la tristeza se haga más suave con el correr del tiempo.

André Gide

En el momento de cerrar estas notas nos llega la noticia del fallecimiento de André Gide, el glorioso escritor de Francia que deja de existir a los 81 años. Hombre de larga trayectoria espiritual, en que se manifestaron las más encontradas tendencias estéticas y doctrinarias, era sin embargo por la calidad de su estilo, por su elevación estética, una de las figuras de más notable relieve en las letras modernas.

Gide fué uno de esos hombres que desdeñó el prejuicio y se burló de lo que podían pensar los demás de su manera de ser. De ello dió muestras inequívocas en libros tan audaces como «Coridon», en que sin vacilaciones se le puede tachar de inmoral y de tratar de subvertir la ética por que se rige esta etapa de nuestro mundo contemporáneo.

Acusado de homosexual, no lo arredró tal calificativo. En sus libros se desnudaba íntegramente mostrando hasta lo más íntimo de su pensamiento. Mas todo esto no le arrinconó ni le quitó un ápice de lo que representaba como hombre de ideas en el arte y las doctrinas. Fué un comunista fanático, aunque después de un viaje a la Rusia soviética no tuvo rubor alguno para confesar que se había equivocado. Renegó de aquello que había adorado tan apasionadamente y no contento con esto lo reiteró en un segundo libro, en el cual se manifestó aun más rebelde para anatematizar al comunismo en cuyo homenaje había ofrecido su vida, en las páginas de su «Diario», publicado en 1932.